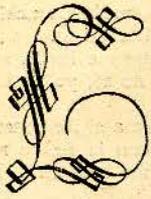


29 VII - 1922

# La soledad de Moisés

O Seigneur! j'ai vécu paissant et solitaire,  
Laissez-moi m'endormir du sommeil de la terre!  
ALFRED DE VIGNY. Moise. **RECOGIDO EN "Da esto y de aquello" tomo II**



LEVADO por el temple intimo en que me pone cierto temple del ambiente espiritual, civil y público, de que respira mi ánimo he vuelto a leer aquel profundo poema que Alfredo de Vigny dedicó a Moisés, a la soledad intima de Moisés más bien. He vuelto a leer aquella queja abismática

que el cantor de la muerte del lobo pone en boca del primer caudillo del pueblo de Israel, cuando le hace decir: «Señor, he vivido poderoso y solitario; déjame dormir-me con el sueño de la tierra!».

¡Poderoso y solitario! ¿Es que es posible tener poder, poder de espíritu, guía de almas, no viviendo solitario? Y pensando en el Moisés de Vigny, que es el Moisés de Miguel Angel — ¡otro solitario! — me acordaba de aquel Brand de Ibsen, de aquel Brand que es otro Moisés.

¡La soledad de Moisés! La soledad de Moisés empezó ya casi desde su nacimiento. Pues nos cuenta el libro del *Exodo*, en su capítulo II, que una hija de Levi tuvo de un varón de Levi un hijo hermoso a quien tuvo escondido tres meses, que después, no pudiendo ocultarle más tomó una arquilla de juncos, calafateóla con pez y betún, colocó en ella al niño y le puso en un carrizal a la orilla del río, que es donde le vió y le recogió la hija de Faraón. Fué, pues, un expósito y expósito en el río. ¿Cabe mayor soledad?

Me obsesionaba ya ese pasaje de la primera soledad, de la soledad infantil de Moisés cuando hace diez y seis años al escribir aquel poema «En la basilica del Señor Santiago de Bilbao el martes de semana santa, 1.º de abril de 1906» — que figura en mi libro de *Poemas* — escribía: «Y brizado en el canto como el niño — Moisés, del Nilo en las serenas aguas — a ser padre del pueblo iba en su cuna — durmiendo plácido, — dormido en las armónicas corrientes — cruzaba los desiertos de la Esfinge — en su cuna y en pos de su destino — mi pobre espíritu. Lo que no es muy exactamente bíblico, ya que la cuna de juncos de Moisés no derivaba aguas del Nilo abajo sino que estaba varada en un carrizal de la orilla del gran río de la civilización antigua. Y en ella, en esa cuna, la soledad de Moisés.

A solas se vió Moisés con el Señor en el monte Horeb, a solas recibió de El las Tablas de la Ley, a solas guió a su pueblo, a solas oyó el terrible susurro divino, y sobre todo a solas se murió. Murióse solo. El capítulo XXXIV del Deuteronomio empieza así: «Y subió Moisés de los campos de Moab al monte de Nebo, a la cumbre de Pisga, enfrente de Jericó; y mostróle Jehová toda la tierra de Galaad, hasta Dan, y a todo Neftali y la tierra de Efraim y de Manasés,

toda la tierra de Judá hasta la mar postrera; y la parte meridional y la campiña, la vega de Jericó, ciudad de las palmas, hasta Soar. Y dijole Jehová: Esta es la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob diciendo: A tu simiente la daré. Hétela hecho ver con tus ojos, mas no pasarás allende. Y murió allí Moisés, siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová. Y enterrólo en el valle, en tierra de Moab, enfrente de Betpeor, y ninguno supo su sepultura hasta hoy».

Moisés, el solitario de la cuna varada en el carrizal de la orilla del Nilo, el único profeta de Israel que vió al Señor cara a cara, murió solo, en la cumbre de Pisga, en el monte Nebo, frente a Jericó. Y todos estos nombres nos llegan perfumados con el perfume del recuerdo de las flores del desierto.

¡La soledad de Moisés! ¡La soledad del conductor de almas! Iba al frente de su pueblo y no podía mirar hacia atrás, a su espalda, hacia su pueblo, y como delante de él no veía hombres encontrábase solo, enteramente solo. Y en otro respecto un sentimiento así, de soledad abismática, de soledad íntima, de soledad solitaria, debe invadir y penetrar a todo anciano que no descubra otro más anciano que él en su linaje y delante suyo. ¡Cosa terrible el sentimiento de la orfandad en la vejez! ¡Cosa terrible verse en la vanguardia del ejército que avanza a la muerte!

¡El niño y el anciano, el que no siente apenas a otros tras de sí y el que no los siente delante de sí, el que va a la retaguardia y el que va a la vanguardia deben de sentir una tremenda soledad, la soledad del pasado el uno, la soledad del porvenir el otro! Pero en Moisés a la soledad del anciano — dice la Biblia que murió de ciento veinte años — se agregaba otra más terrible soledad: la soledad del caudillo, la soledad del conductor del pueblo. Porque los conducidos le dejaban solo. Y sólo así podían ser conducidos por él. ¿Es, pues, de extrañar que pidiera, como nos dice Vigny, dormir con el sueño de la tierra?

¿Es posible acaso servir de guión, en uno u otro campo — o desierto — a los demás no yendo solo? Solo entre ellos, o tal vez solo al frente de ellos. Los grandes conductores de almas, los *psicagogos*, han sido los grandes solitarios. Rousseau fué más caudillo que Napoleón. Fué, además, el caudillo de Napoleón. ¿Que esto no lo entiende un político? ¡Bah! un político apenas entiende a derechas cosa alguna. Y cuando se hace una revolución rara vez sabe quien la ha hecho. Pero Moisés fué un caudillo al modo de Napoleón también. Y éste, Napoleón, ¿no fué un solitario?

Con estas meditaciones sobre las grandes soledades de los grandes solitarios es como podemos consolar la soledad que nos rodea hoy en esta Europa de la trasguerra.

Miguel de Unamuno

